Problemas y Perspectivas de las Relaciones entre Africa y América Latina

Por Aarón Segal *

Apesar de que recientemente se han iniciado algunos contactos entre Africa y América Latina, económica, política y culturalmente, ambas regiones son desconocidas la una para la otra. Las posibilidades de una cooperación provechosa entre los dos "nuevos mundos" apenas si han sido exploradas. Es necesario reconocer que los intereses de Africa y América Latina coinciden en muchos aspectos, pero están en conflicto en otros. De cualquier modo, se requiere examinarlos en detalle. Sin embargo, aunque el conflicto de intereses es real y persistente, no es irresoluble ni profundo; su conciliación, en cambio, abriría considerables perspectivas ventajosas y permitiría el establecimiento de relaciones entre Africa y América Latina, sobre bases positivas.

A primera vista, la rivalidad entre ambas regiones parece insuperable. Están en juego actitudes, intereses económicos fundamentales y posiciones políticas delicadas. A pesar de que, hasta la fecha, las relaciones entre América Latina y Africa han sido muy escasas, el conflicto de intereses se ha puesto ya de manifiesto.

La rivalidad entre América Latina y Africa surge, principalmente, de la relativa dependencia de ambos continentes respecto de la exportación de un grupo poco numeroso de productos agrícolas primarios, entre los que se encuentran el café, el cacao, el algodón, los aceites vegetales y el azúcar. A consecuencia de los precios inestables y la acumulación de excedentes de producción, la exportación de estos productos es intensamente competitiva.

Una consecuencia de esta competencia ha sido la búsqueda de mercados protegidos y preferenciales para los productos agrícolas básicos. Por ejemplo, los productos de los dieciocho Estados Africanos y Malgache Asociados a la Comunidad Económica Europea, tienen libre acceso a ese mercado. Igualmente, los países africanos asociados, participan en el Fondo Europeo de Desarrollo establecido por la Comunidad. Recientemente, Nigeria negoció con la CEE su asociación limitada, que permite el libre acceso de sus principales productos agrícolas de exportación a los mercados de los Seis —aunque sujetos a un sistema de cuotas— sin el establecimiento de condiciones políticas por parte de la Comunidad. Por otra parte, los estados de Africa del Este (Kenia, Tanzania y Uganda) están negociando con la CEE un acuerdo similar. El libre acceso a la Comunidad de las principales exportaciones africanas proporciona a los países de Africa una ventaja competitiva que desean conservar a todo trance. Los dieciocho Estados Africanos y Malgache Asociados han insistido, vigorosamente, en que las preferencias establecidas a su favor por la Comunidad, no se amplíen a otras áreas del mundo. Por otra parte, América Latina goza de un cierto tratamiento preferencial en el mercado de Estados Unidos para el café y el azúcar y espera que ese tratamiento no se extienda a otros países. La competencia y la búsqueda de mercados preferenciales podría intensificarse, como resultado del probable desarrollo de las exportaciones de poductos pecuarios y frutas tropicales.

Esta competencia en el campo de las exportaciones se manifiesta, igualmente, en los intentos realizados para establecer convenios internacionales sobre productos básicos. Aquí, tal vez, la contienda entre Africa y América Latina ha sido más aguda. Los países africanos son productores minoritarios de casi todos los productos agrícolas de exportación, con la excepción del cacao y el henequén. Sin embargo, su participación en los mercados mundiales ha crecido rápidamente, como resultado de sus más bajos costos de producción, el desarrollo de las comunicaciones y, a menudo, la existencia de fletes más reducidos hacia Europa Occidental. A diferencia de la situación que prevalece en América Latina, en Africa los productos agrícolas son cultivados por pequeños propietarios cuyos predios rara vez exceden de cinco hectáreas. En los países de este continente, las exportaciones son un factor crítico para la ejecución de los planes nacionales de desarrollo y para la obtención y conservación del apoyo político de los campesinos a los gobiernos nacionales. Es comprensible, entonces, el hecho de que los estados africanos estén interesados en los acuerdos internacionales sobre productos básicos, sólo cuando en ellos se garantiza un aumento constante de su participación en los mercados mundiales.

Los productores latinoamericanos —que operan con elevados costos fijos, grandes inversiones de capital y cuya participación en los mercados tiende a disminuir— se han mostrado vivamente interesados en el establecimiento de convenios internacionales sobre productos, que perpetúen el *statu quo*. Están dispuestos a proponer a los estados africanos cuo-

* El autor es B.A. (Honours) del Occidental College, California, EUA, Rhodes Scholar en la Universidad de Oxford. Con amplia experiencia directa en asuntos africanos, es autor de *East Africa Strategy for Economic Co-operation* de *East Africa Federation* (en colaboración con Carl Rosberg Jr.), y de diversos artículos sobre Africa publicados en revistas europeas y africanas.

tas de producción basadas en la presente distribución de las respectivas participaciones en el mercado mundial, y no con base en proyecciones de la tendencia de las exportaciones. Algunos estados africanos parecen ser de la opinión que sus menores costos de producción y los mercados preferenciales de que gozan en Europa Occidental, les permitirían permanecer al margen de acuerdos internacionales para productos específicos e incluso sostener una guerra de precios con América Latina.

Otro factor de fricción entre Africa y América Latina es la competencia para obtener ayuda técnica y financiera de los países desarrollados, en general, y de las organizaciones internacionales de financiamiento como el Banco Mundial. Ambos grupos de países tratan de conseguir préstamos en las condiciones menos onerosas posibles, ayuda bilateral y asesores técnicos. Tradicionalmente, los problemas de América Latina han sido considerados como una responsabilidad primaria dentro de los programas de ayuda al exterior de Estados Unidos. De otra parte, las antiguas metrópolis coloniales, Gran Bretaña, Francia y Bélgica, entienden que los problemas africanos caen dentro de su esfera de influencia. Sin embargo, consideraciones políticas han inducido a Estados Unidos a poner en marcha programas de ayuda para Africa y, a su vez, Europa Occidental da muestras de tener interés en América Latina. Los estados africanos, cuyo nivel de desarrollo es considerablemente menor que el de los países latinoamericanos, se apresuran a señalar que sus necesidades de ayuda son mayores. Por su parte, América Latina insiste en que su capacidad para absorber capital es superior a la de Africa y duda de la posibilidad de que los países africanos independientes utilicen productivamente la ayuda que reciben.

El conflicto de intereses económicos y la competencia a la que se hizo referencia se han agudizado como resultado del cambio ocurrido en la estructura de las Naciones Unidas, organismo al cual se han incorporado recientemente cuarenta nuevos estados africanos independientes, que forman un bloque muy activo. Los países latinoamericanos han mantenido dentro de esta organización una posición de influencia y están acostumbrados a una diplomacia menos militante, por ello resienten, naturalmente, el nuevo equilibrio de poder. Los estados africanos, celosos de su independencia y conscientes del valor de las Naciones Unidas como foro para la manifestación y defensa de sus intereses, se han apresurado a poner en juego las posibilidades que este organismo ofrece, para una estrategia política de actuación en bloque. Al mismo tiempo, han insistido en lograr representación africana en los diversos órganos de las Naciones Unidas, a expensas, a menudo, de la representación latinoamericana. Seguramente, en el futuro próximo el número de estados africanos dentro de las Naciones Unidas será más del doble que el de los países latinoamericanos, a pesar de que la población de aquellos estados es apenas 10% mayor que la de Latinoamérica. Los países africanos insisten en equiparar la influencia dentro de las Naciones Unidas con el número de delegaciones nacionales y, consecuentemente, consideran equitativo que se otorgue prioridad a los problemas africanos. Los diplomáticos latinoamericanos resienten la intromisión de sus colegas, a menudo menos experimentados y, tal vez, más impetuosos.

Estas fricciones en el seno de las Naciones Unidas ponen de relieve la desafortunada incomprensión, que parece ir en aumento, existente entre Africa y América Latina. No pocos dirigentes africanos consideran que Latinoamérica actúa de conformidad con las conveniencias políticas y los intereses económicos de Estados Unidos. Les resulta difícil entender por qué una región que ha sido independiente por casi 150 años, no ha podido alcanzar un mayor grado de desarrollo político y económico. Los estados africanos tienen prisa por lograr la consolidación de su independencia política, alcanzar un crecimiento económico acelerado y disminuir sus relaciones de dependencia con las antiguas potencias coloniales. Consecuentemente, tienen el más grande interés en aprovechar la experiencia de los países desarrollados como Estados Unidos, Japón, Israel, Unión Soviética y los de Europa Occidental. Africa considera que América Latina es una región económica y políticamente conservadora, en la que una suerte de neocolonialismo —resultado de la influencia norteamericana— ha prevalecido por un período demasiado largo. En consecuencia, los estados africanos independientes se muestran, frecuentemente, escépticos y suspicaces respecto de América Latina. Esta actitud se ve confirmada por la experiencia de los países africanos en el terreno económico, pues, en su criterio, América Latina parece buscar la protección de los mercados y de los acuerdos comerciales existentes, política a la que, como hemos visto, no son ajenos los propios países africanos.

La incomprensión de América Latina hacia Africa refleja, hasta cierto punto, la incapacidad de un nacionalismo antiguo y maduro para captar intelectualmente la experiencia africana, que es muy diferente. En América Latina se considera, en ocasiones, que los africanos no entienden ni respetan las reglas de juego de la comunidad internacional, las cuales exigen, de parte de los nuevos estados, un largo proceso de aprendizaje antes de que éstos se encuentren en posibilidad de alcanzar una posición internacional respetable. Se piensa, también, que las jóvenes naciones africanas parecen estar obsesionadas con sus propios problemas, los cuales no tienen, en realidad, más importancia internacional que los de otros países; los estados africanos —se alega— deberían concentrarse primero en resolver sus problemas internos antes de pretender ejercer una influencia significativa en asuntos internacionales.

Tal vez, la intensidad del antagonismo africano respecto a Sudáfrica ha contribuido a que se ahonden las actitudes de incomprensión. Para los países africanos independientes, Sudáfrica representa un problema económico, político y moral. La existencia de una nación en la que cuatro millones de hombres blancos ejercen un absoluto dominio político y económico sobre 13 millones de personas de otras razas (fundándose en la ideología oficial que acepta la superioridad del hombre blanco), es el reto más grave que afronta el nacionalismo y la unidad africanos. Por otra parte, la posición estratégica de Sudáfrica, su vasto poder económico y sus excelentes comunicaciones, le permiten obstaculizar el desarrollo y presionar económicamente a varios países africanos independientes. Para estos países, conseguir en Sudáfrica un gobierno mayoritario de africanos es un problema de primera magnitud. Sin embargo, para América Latina constituye una cuestión política de interés secundario, a cuya resolución no puede contribuir de manera significativa. Consecuentemente, América Latina no acepta con facilidad los intentos africanos de llevar a las Naciones Unidas y a otras organizaciones internacionales el problema de Sudáfrica, y esto crea considerable resentimiento.

Conviene subrayar que la falta de comunicación y las fricciones entre América Latina y Africa, son menos profundas de lo que a primera vista parece, si se toma en cuenta la escasez de información de una y otra parte. No deja de ser significativo el hecho de que los contactos esporádicos entre ambos continentes se lleven a cabo por intermedio de Europa Occidental. Conexiones aéreas directas sólo existen entre Brasil y Dakar, Senegal. El desconocimiento mutuo de la historia, la geografía, y la cultura de estas dos regiones es lamentable. Prácticamente, no existe intercambio alguno de estudiantes, artistas, profesores o incluso, deportistas. La exigua información periodística de una y otra área, se obtiene, casi exclusivamente, a través de las agencias europeas y norteamericanas de prensa. Pocos universitarios de ambas regiones podrían localizar en un mapa la mitad de los países de la otra región.

Mientras que en Africa la ignorancia de los problemas latinoamericanos es absoluta, en América Latina, el poco conocimiento de la situación africana es, además, confuso y distorsionado. Los africanos educados prácticamente no tienen una idea ni siquiera global de América Latina, por falta de acceso a libros, revistas y películas. El latinoamericano común por su parte, está sometido permanentemente a la visión de una imagen africana fabricada en los estudios cinematográficos y de televisión de Estados Unidos. El "africano" más conocido en América Latina es, sin duda, "Tarzán".

Este panorama de rivalidad política y económica, de prejuicios e ignorancia, debe ser calificado en dos aspectos. En primer término, el cuadro, si bien es desolador, no es inalterable. Las relaciones entre Africa y América Latina se encuentran en estado embrionario y por tanto no existen todavía tendencias definidas cuyo cambio de dirección sea difícil de lograr. No hay razón para que los conflictos se perpetúen. El ámbito y alcance de la cooperación entre Africa y América Latina está aún por determinarse. El mejoramiento de las relaciones, requiere una evaluación justa y una actitud comprensiva respecto de los intereses comunes.

En segundo lugar, debe hacerse notar que un interés común, primario y fundamental, es reconocer y evitar la con-

petencia. La rivalidad entre dos áreas en proceso de desarrollo, no puede significar ningún beneficio político o económico tangible y sí, en cambio, facilita a los países desarrollados, de cualquier ideología, obtener ventajas de tales diferencias. No es suficiente tener conciencia de la inutilidad y el desaprovechamiento de recursos que significa esa rivalidad, aunque ello puede servir de base para esfuerzos más positivos que alienten la cooperación entre ambos continentes. La rivalidad existente genera descontento, desilusión y falta de entendimiento mutuo, sin que contribuya al desarrollo a largo plazo de esas dos áreas.

El interés mutuo más profundo de América Latina y Africa es el reconocimiento de que el desenvolvimiento de las dos regiones depende, en última instancia, de la transferencia en gran escala de recursos humanos y financieros que provengan de las áreas desarrolladas. Esta transferencia de recursos comprende las inversiones de capital directas e indirectas, la asistencia técnica en el más amplio sentido del concepto, la reforma del sistema monetario internacional, para proporcionar liquidez adicional a los países en vías de desarrollo; el más fácil acceso a las exportaciones de productos agrícolas y manufacturados hacia los mercados de zonas desarrolladas; la negociación de acuerdos y mecanismos internacionales que permitan el establecimiento efectivo de cuotas de producción para los productos básicos y la eliminación de las fluctuaciones de los precios.

Sin embargo, estas metas sólo podrán alcanzarse si Africa y América Latina presentan un frente común a los países desarrollados del mundo. De otra suerte, las rivalidades servirán de pretexto a las áreas desarrolladas para evitar o posponer las reformas estructurales necesarias para lograr un desarrollo acelerado y constante. Africa y América Latina están en posibilidad de obtener sustanciales ventajas mutuas si su participación en diversas negociaciones —en las comisiones técnicas de las Naciones Unidas, en la Junta sobre Comercio y Desarrollo o en el Fondo Monetario Internacional— se lleva a cabo sobre la base de acuerdos previos sobre propuestas concretas. Naturalmente, lo anterior exige una labor intensa de consulta y la disposición para transigir y llegar a transacciones mutuamente aceptables. No existen, sin embargo, diferencias irreconciliables en cuanto a problemas de reforma monetaria o ayuda técnica y financiera. De hecho, ya existen puntos de vista comunes sobre la necesidad de mejorar la liquidez internacional, de preferencia a través del FMI, y sobre la necesidad de canalizar la ayuda exterior a través de instituciones multilaterales, con la intención de eliminar acuerdos bilaterales.

Tal vez, será más difícil lograr una política común sobre convenios internacionales de productos básicos. El éxito de tales acuerdos depende de la cooperación, puesto que si un grupo importante de productores permanece fuera de los convenios éstos tendrán muy pocas probabilidades de éxito. Los países consumidores han demostrado tener una habilidad notable para obtener ventajas de los productores y evitar el establecimiento de convenios o impedir que se alteren sus términos o se mejore la efectividad de su aplicación.

Es conveniente distinguir dos objetivos a lograr mediante los convenios internacionales sobre productos básicos, para determinar las posibles bases de un compromiso de intereses entre Africa y América Latina. Una de las metas es eliminar las fluctuaciones de los precios, bien sea mediante la estabilización directa de los mismos o a través de medidas financieras de compensación para los países perjudicados por las fluctuaciones. La segunda meta es la regulación tanto de la producción como de la demanda, a fin de alcanzar un equilibrio "económicamente equitativo" para los países desarrollados. A pesar de que ambos objetivos están estrechamente vinculados, el primero es más fácil de lograr, tanto desde el punto de vista económico como político.

La inelasticidad de la demanda de productos básicos en los países desarrollados, la amenaza permanente de la sustitución de las importaciones de productos básicos por productos sintéticos y los problemas particulares de cada uno de los países productores, hacen que los convenios que tratan de regular la oferta y la demanda de los productos, sean muy difíciles de lograr. Sólo cuando el número de países productores es muy poco numeroso, como en el caso del cobre, tales convenios parecen ser administrativamente viables. Conviene hacer notar que Chile y Zambia, por ejemplo, que representan aproximadamente el 50% de la producción de cobre de los países no socialistas, han iniciado consultas para coordinar la producción y establecer el nivel mundial de precios. La estabilización de los precios a un nivel aceptable para los países en vías de desarrollo exige, probablemente, fijación de límites a la producción; en cambio, el sistema de compensación fiscal para contrarrestar los efectos de las fluctuaciones de precios no requiere esa limitación. Es factible, a corto plazo, la ejecución de algunos sistemas para disponer de fondos internacionales que se utilizarían para contrarrestar las pérdidas sufridas por países cuyos productos principales de exportación experimentan una disminución de precio. La experiencia de Ghana —cuyo plan de desarrollo ha sufrido un serio tropiezo por la considerable pérdida de divisas como consecuencia de la brusca disminución del precio del cacao— demuestra la necesidad del establecimiento de sistemas de compensación fiscal, posiblemente a través del FMI. Africa y América Latina deberían llegar a un acuerdo sobre un sistema internacional de compensación y presionar para su establecimiento. Al mismo tiempo, deberían explorar, bilateral y multilateralmente, la posibilidad de crear convenios sobre productos, de mayor amplitud. Hasta la fecha estas tentativas se han llevado a cabo, principalmente, bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Sin embargo, Chile y Zambia han puesto de relieve el valor de los contactos directos para acuerdos sobre productos específicos. Los principales productores de café y cacao de Africa y América Latina deberían contemplar una acción semejante.

Prácticamente no existe intercambio comercial directo entre Africa y América Latina; sin embargo, varios factores podrían promover una rápida expansión de su comercio (de estas consideraciones se excluye a Sudáfrica, que ya alcanzó un alto grado de desarrollo industrial). Conviene señalar, en primer término, que tanto Africa como América Latina están interesados en diversificar su comercio y reducir su dependencia de los mercados tradicionales. Ambos continentes buscan acelerar su proceso de industrialización, aunque parten de grados diferentes de desarrollo. Africa se encuentra en la etapa inicial de su industrialización, en el proceso de sustitución de importaciones de artículos de consumo no duradero, tales como textiles y alimentos no elaborados. Los principales países de América Latina han pasado ya por esta etapa y están ahora en el proceso de industrialización creciente de artículos de consumo durable y ciertos bienes de capital.

Esta diferencia en las etapas de industrialización, combinada con algunos factores geográficos favorables, abre posibilidades para las exportaciones latinoamericanas de bienes de capital y de consumo a Africa Occidental y del Norte. India, Japón e Israel han expandido rápidamente su intercambio con Africa, combinando hábilmente la ayuda financiera y técnica con el comercio. No hay razón alguna para que algunos países de América del Sur, como Brasil y Argentina no intenten un curso de acción semejante. Africa ofrece un mercado, que crece rápidamente, para los artículos de consumo duraderos y no duraderos de bajo precio. Europa Occidental y Norteamérica no están en posición para competir en este mercado, porque sus costos de mano de obra y sus precios son demasiado elevados. Todavía más, América del Sur podría tener una clara ventaja en cuanto a fletes, en comparación con los principales abastecedores actuales, es decir, India, Japón, Singapur y Hong Kong. Las líneas marítimas argentinas y brasileñas que transportan mercancía de exportación a Europa, no necesitarían desviarse considerablemente de sus rutas actuales para llevar productos manufacturados a Africa del Norte y a Africa Occidental. Igualmente, existe posibilidad de que México exporte productos industriales, a pesar de que el problema de transporte sería en este caso más grave.

La mayoría de los países africanos prácticamente no tiene problemas de convertibilidad. Las antiguas colonias francesas, con la excepción de Guinea, permanecen dentro de la zona del franco y sus reservas están apoyadas por el Banco de Francia, lo que hace que sus monedas sean totalmente convertibles. Las antiguas colonias británicas, por su parte, permanecen dentro del área de la libra esterlina y muchas de ellas tienen balanzas de pagos favorables y reservas suficientes, si se toma en cuenta su condición de países en vías de desarrollo. En Africa, los controles cambiarios y de importación no afectan la convertibilidad de las monedas y no son obstáculo serio al incremento del comercio.

Conforme Africa avanza en su proceso de industrialización, los países extranjeros que colaboran en él, contemplan la posibilidad de obtener una posición de privilegio en los

nuevos mercados para bienes de consumo durable y bienes de capital. Algunos de esos países extranjeros, se han dado cuenta que el mejor modo de asegurar su participación en los mercados africanos son las inversiones en la industria. Por ejemplo, India y Japón están financiando la construcción de fábricas textiles y otras industrias en varias partes de Africa, y tienen la intención de sustituir las exportaciones tradicionales de ropa y otros artículos de la industria textil, por exportaciones de equipo industrial para las empresas textiles. En la mayoría de los países africanos, el sector público lleva a cabo un intenso programa de inversiones. Israel, India y otros países participan activamente en empresas industriales conjuntas en colaboración con los gobiernos africanos. Aquí también debe señalarse que los países industrializados de Latinoamérica deberían investigar, cuando menos, posibilidades semejantes de intercambio e inversión en Africa.

COMERCIO DE AMERICA LATINA Y AFRICA

1960-1963

(Cifras FOB en millones de dólares)

	1960	1961	1962	1963
AMERICA LATINA				
Exportaciones totales	8 610	8 670	9 150	9 700
Exportaciones a Africa	75	75	88	100
% de participación	0.9	0.9	0.9	1.0
AFRICA				
Exportaciones totales	6 350	6 540	6 750	7 460
Exportaciones a América Latina	44	50	46	45
% de participación	0.7	0.8	0.7	0.6

FUENTE: ONU, *Yearbook of International Trade Statistics, 1963. Nueva York, 1965.*

Cabría preguntarse si el incremento de los intercambios entre América Latina y Africa daría lugar a la formación de déficit comerciales y a una inadecuada estructura del intercambio. La respuesta es, aparentemente, negativa. Sin duda hay posibilidad de incrementar las exportaciones africanas a Latinoamérica. Africa posee vastos recursos minerales y forestales cuya explotación apenas se ha iniciado. Conforme Latinoamérica avanza en su desarrollo, las industrias básicas requerirán un volumen creciente y cada vez más diversificado de productos minerales. Africa exporta minerales que son indispensables para la industria moderna, tales como mineral de hierro, cobre y manganeso, columbita, cromita, titanio, diamantes industriales, oro y petróleo. Algunos países industriales como Japón, Suecia y Alemania Occidental efectúan grandes inversiones en Africa para asegurarse un abastecimiento regular de estas materias primas industriales. Aunque América Latina carece de capital suficiente para llevar a cabo inversiones en el exterior, en esta escala, sería posible, sin embargo, compensar la posible exportación de productos manufacturados con importaciones africanas de materias primas y/o con inversiones selectivas para el desarrollo de los recursos naturales africanos. Precisamente porque América Latina ha sufrido la experiencia de la explotación extranjera de su riqueza mineral, debería estar en posibilidad de apoyar con auxilio técnico y financiero a los gobiernos africanos que están vivamente interesados en prevenir un proceso similar.

El desarrollo de estos intereses comunes depende, en última instancia, de un mayor conocimiento mutuo entre Africa y América Latina. Los posibles intercambios de personas, información e ideas, no tienen límite. Tampoco el idioma es un obstáculo serio, puesto que el inglés y el francés son idiomas oficiales en un gran número de países. De hecho el idioma y la cultura francesa podrían servir de puente entre los africanos de habla francesa y los latinoamericanos. Miles de africanos cultos han estado en contacto íntimo con la cultura y sociedad francesas, lo que facilita su posible acercamiento a los latinoamericanos. Un ejemplo de lo anterior es el interés que ha mostrado el Presidente de Senegal, Leopold Senghor, en relaciones más estrechas con América Latina. La proyectada visita a México del Jefe de Estado de aquel país —miembro distinguido de la Academia Francesa, poeta y crítico literario— brinda una oportunidad excelente para iniciar contacto entre los intelectuales africanos y latinoamericanos. Es urgente la necesidad de que las literaturas nacionales respectivas sean accesibles a los intelectuales de ambos continentes. Igualmente, debería establecerse un programa para proporcionar textos básicos de historia, geografía y cultura general. La UNESCO podrá apoyar un proyecto semejante. Otros puntos de contacto importantes incluirían viajes de periodistas, intercambios de deportistas y un cierto número de becas para estudiantes africanos que desearan realizar estudios superiores en América Latina. Finalmente, no debe dejar de mencionarse que la música es un posible factor de interés común.

Sería muy útil que la responsabilidad directa del fomento del intercambio entre ambos continentes fuera responsabilidad, por una parte, de la Organización para la Unidad Africana (OUA) y, por la otra de la ALALC. Ambas organizaciones están empeñadas en establecer bases de cooperación regional como factor de desarrollo. La ALALC tiene la ventaja adicional, desde el punto de vista de los africanos, de no tener representación norteamericana. La trascendencia de los acuerdos y consultas sobre problemas económicos es tal, que justificaría el envío de una delegación de la ALALC y aun el establecimiento de una representación permanente en la OUA y en la Comisión Económica para Africa, de las Naciones Unidas, que tienen su sede en Addis Abeba, Etiopía. La delegación de la ALALC podría también, explorar las posibilidades de incrementar el comercio e informar sobre la organización de intercambios culturales.

Esta promoción de intercambios de diversa naturaleza tendría como uno de sus resultados más valiosos el intercambio de experiencias comunes. Sin duda, ambos continentes pueden aprender mucho de sus respectivos esfuerzos en materia de desarrollo —lo que los africanos gustan de llamar "la guerra en contra de la pobreza, la ignorancia y la insalubridad". Este intercambio recíproco de experiencias debe llevarse a cabo a todos los niveles, continental, nacional y técnico. Es conveniente que los dirigentes africanos y latinoamericanos, interesados en lograr un grado mayor de integración económica, conozcan las mutuas experiencias en este campo y, en particular, los notables logros de los mercados comunes de Africa del Este y de Centroamérica. Seguramente Africa podría aprovechar la experiencia latinoamericana en el campo de la nacionalización y control de los recursos mineros y petroleros, originalmente explotados por capital extranjero y, en general, la experiencia de estos países en el desarrollo industrial. Asimismo, el intercambio de puntos de vista y experiencias prácticas en el terreno de la agricultura, en especial, en materia de cooperativas agrícolas de producción y distribución, reforma agraria y comercialización de la producción agrícola.

Africa, podría aprender de Latinoamérica los métodos utilizados para extender el uso de un idioma nacional. América Latina, por su parte, haría bien en estudiar la estructura y las funciones de la administración pública africana al nivel local, particularmente en relación con los programas de desarrollo comunal. Los países africanos que buscan consolidar su sentido de integración nacional, enfatizando un acervo cultural e histórico pre-europeo común, deberían reflexionar en la integración del nacionalismo de México, nutrido en una orgullosa tradición prehispánica.

CONCLUSIÓN

No hay duda que los intereses comunes de Africa y América Latina, actuales y potenciales, habrán de superar las presentes rivalidades. Sin embargo, el conocimiento y evaluación de esos intereses potenciales comunes requiere un esfuerzo deliberado y permanente de ambas partes. La energía que supone la realización de esos esfuerzos no será fácil de obtener en vista de los formidables problemas inmediatos que preocupan a los dirigentes de ambas regiones. Sin duda, vale la pena hacer el intento, en vista de las posibles ventajas que podrían obtenerse en todos los órdenes. El momento es oportuno para que los dos "nuevos mundos" se descubran mutuamente.